**EN LA FAMILIA SURGE LA VOCACION**

El llamado más importante que se nos hace a los católicos es el llamado a la santidad. Una santidad que debe ser cultivada al interior de cada familia, cultivada con amor, el Papa Francisco lo mencionaba en una de sus intervenciones hacia la familia: “Aquello que pesa más de todas las cosas es la falta de amor. Pesa no recibir una sonrisa, no ser recibidos. Pesan ciertos silencios. A veces, también en familia, entre marido y mujer, entre padres e hijos, entre hermanos. Sin amor el esfuerzo se hace más pesado, intolerable.”.

Una familia donde marido y mujer se esfuerzan por vivir en plenitud y gracia, reflejan en la cotidianidad su agrado por vivir en santidad. Así, sus hijos se enamoraran de su estilo de vida. Cuando la familia vive los valores evangélicos por medio de los esposos, estos contagian a sus hijos y a su entorno la espiritualidad matrimonial que están viviendo y ayudan a cada cual a encontrar su vocación. Esta vocación lleva a la toma de decisión: sacramento del matrimonio, del orden sagrado, vida consagrada, vida de soltería. Esta decisión lleva al testimonio de vida, impulsado por Cristo mismo al servicio y la entrega a los demás.

Si la familia ora, sirve a Dios y tiene a Cristo como el Señor de sus vidas las vocaciones surgidas serán diversas formas de consagración: desde la soltería, el matrimonio hasta el orden sacerdotal y la vida consagrada serán un llamado a ser para otros un instrumento de resurrección.

Lastimosamente, en nuestros días se adopta un modelo de hombre sin vocación: los niños, adolescentes y jóvenes se reducen en la mayoría de los casos a la elección de una profesión, a la situación económica, o a la satisfacción sentimental-afectiva, sin ninguna apertura al misterio de la propia vida, a Dios, o al propio bautismo. Son pocos los que viven su ser cristiano como una vocación, tanto en el ámbito familiar, laboral, político, cultural o social.

Todos tenemos una llamada con un proyecto concreto de Dios, una llamada providente en donde cada uno encuentra su nombre y su identidad única e irrepetible. Quien descubre y admite su vocación encuentra el tesoro de su vida porque evidencia su libertad, su originalidad y su felicidad.

Los padres, primeros educadores, están llamados a ayudar a sus hijos a descubrir, acoger y corresponder con libertad el don de su propia vocación, aunque muchas veces cuesta plantear el proyecto de vida desde la fe. En la actualidad quien desee inculcar a sus hijos una verdadera vocación se enfrenta a duras realidades, donde prima el egoísmo, el hedonismo y las nuevas tecnologías dejan sin herramientas reales a los padres para poder orientar a sus hijos.

¿Qué debemos hacer? Lo primordial es generar un ambiente donde prime la generosidad la entrega total, la donación de uno mismo por el otro y el servicio como pilar fundamental de la educación.

Algunas ideas:

1. “Los padres deben ser los mejores amigos de sus hijos. Crear y mantener la amistad de los hijos es tarea que asusta pero que también da mucha felicidad. Hay que demostrarles confianza y respetar su libertad desde temprana edad, confiando que el Espíritu Santo está actuando en sus almas desde el momento del Bautismo. A veces se sentirán decepcionados pero sus hijos sabrán que el amor de sus padres es incondicional. Hábleles con frecuencia en términos positivos de la Iglesia y la grandeza de la llamada a una vida de dedicación en ella. Si bien algunas personas que han dedicado sus vidas a la Iglesia, tienen también sus fallos humanos, nunca hable negativamente de ellas. Que sus hijos sepan que ustedes oran por ellos diariamente, que sean santos, felices y generosos cualquiera que sea el llamado que reciban de Dios. Déjenles saber que si bien les preocupa su educación, su salud, sus logros, sus carreras, todo ello es secundario comparado con una vida de virtud y felicidad en este mundo y luego la salvación eterna en la otra vida.

2. Propicien una vida sencilla de piedad en el hogar, de acuerdo a las edades y condiciones de los hijos. Los niños deben quedar pidiendo más y no pidiendo que les den menos. En una ocasión unos padres de familia le preguntaron al Cura de Ars qué era lo mejor que podían hacer por sus hijos. Él contestó simplemente que lo mejor era llevarlos con frecuencia a Jesús en la Eucaristía y en el Sacramento de la Penitencia. Hay que buscar la forma de hacer esto y que lo encuentren atrayente, respetando al mismo tiempo su libertad.

Lo más importante es que miren a sus padres llevando una vida más devota que la de ellos. Ellos observarán a sus padres orando, asistiendo a Misa, a la confesión, leyendo la Escritura, rezando el Rosario, etc. Observarán que el calendario litúrgico es el más importante de todos en la familia y que se observan las respectivas celebraciones. Notarán que para esto a veces hay que sacrificarse. En consecuencia, complacer a Dios no a los hombres será también la prioridad en sus vidas.

3. Enséñenles a valorar la pobreza y el desprendimiento. Que su dinero no sea abundante. No permitan que adquieran cosas indiscriminadamente o que midan a las personas por la cantidad de cosas que poseen. Que aprendan a que las cosas les duren y a vivir sin ellas tranquilamente. Que aprendan a compartir con gozo. Que usen sus vacaciones productivamente. Eso a menudo quiere decir que trabajen y/ o usen su tiempo sirviendo con generosidad a otras personas menos afortunadas.

4. Infúndanles el aprecio de la belleza, ya sea en la naturaleza, en la literatura, la música o el arte. Los libros, revistas, discos compactos, videos, instrumentos musicales y el arte que los padres tengan en su hogar, los programas de televisión que miran en familia, y los paseos familiares, todo los preparará a apreciar la bondad del mundo material que Dios ha creado y redimido. Así, por contraste, comprenderán y desecharán la cultura de la muerte, que mata tanto el cuerpo como el alma. Eviten dejar a sus hijos solos con la televisión o la computadora, particularmente en relación con juegos y con la Internet. Estas deben considerarse como sustancias peligrosas, fácilmente sujetas a abuso y que por lo tanto hay que supervisar y controlar estrechamente. Todo esto los preparará, a medida que van madurando, a ser más reflexivos y contemplativos, y por tanto más aptos para discernir y responder con sabiduría la llamada de Dios.

Si fuera necesario, los padres personalmente deberán enseñarles la Fe a sus hijos pero en todo caso, no enviarlos a la universidad como inocentes corderos listos para el matadero. Créanme, hay abundancia de lobos allí fuera. Propongan a sus hijos a los santos como sus modelos, entusiasmándolos a que imiten las virtudes de los grandes hombres y mujeres de la historia. Recuerden que los están preparando para una vida de servicio y dedicación a Dios y no necesariamente para el convento, el monasterio o la parroquia. También hay que instarlos con gentileza a que participen en programas católicos para la juventud que sean sanos, exigentes y divertidos. A lo mejor es allí donde entrarán por primera vez en contacto con aquellos nuevos mentores y amigos que los introducirán más concretamente a la posibilidad de una vida de total dedicación”.[[1]](#endnote-1)

Recuerden que la gran responsabilidad de los padres es inculcarles la fe y la vocación a los hijos, y recuerden también que no están solos, Dios nos acompañara todos los días si acudimos a él y nos dejamos ayudar. Como lo menciona el Papa Francisco: “Todas las familias, tienen necesidad de Dios: todas, ¡todas! Necesidad de su ayuda, de su fuerza, de su bendición, de su misericordia, de su perdón. Y se requiere sencillez. ¡Para rezar en familia se requiere sencillez! Rezar juntos el “Padre nuestro”, alrededor de la mesa, no es una cosa extraordinaria: es fácil. Y rezar juntos el Rosario, en familia, es muy bello, da mucha fuerza. Y también rezar el uno por el otro: el marido por la mujer, la mujer por el marido, ambos por los hijos, los hijos por los padres, por los abuelos… Rezar el uno por el otro. Esto es orar en familia, y esto hace fuerte a la familia: la oración”.

1. Tomado de https://www.catholicity.com/mccloskey/familiavocaciones.html [↑](#endnote-ref-1)